



ILMO. SR. LIC. D. FRANCISCO MELITON VARGAS,
OBISPO DE PUEBLA.

ILMO. SR. LIC.

DON FRANCISCO MELITON VARGAS

OBISPO DE PUEBLA

LA grandeza de alma y lo elevado de los sentimientos, es lo único que puede procrear seres tan abnegados y tan fieles á su misión como el que vamos á presentar hoy en nuestro libro. Sólo la sublimidad de espíritu trasladada á un nuevo vástago, es la única que puede hacer germinar facultades tan bellas como las que alientan en el corazón del Prelado que hoy tan acertadamente rige los destinos de la Iglesia Angelopolitana, impulsándola poderosamente para hacerla progresar.

En las filas de los bravos soldados que pelearon por la independencía de México, militó como noble y esclarecido patriota el Sr. D. Antonio Vargas, padre del ilustre Prelado que hoy, aunque sucintamente, tratamos de biografiar.

Las luchas cruentísimas que tuvieron que soste-

nerse para alcanzar tan grandiosa empresa, agobiaron al denodado militar que más tarde había de dar á la patria un ciudadano digno y á la Iglesia un Ministro distinguido.

Cuando el Sr. Vargas, cansado de la vida militar que tantos sufrimientos proporciona, y á la vez tantas satisfacciones, se retiró al modesto hogar para entregarse al amor de su cara esposa, la Sra. D^{ca} Ignacia Gutierrez, sólo contaba con el acopio de recuerdos que deja siempre el pasado, y el tesoro inapreciable de una conciencia tranquila y una honradez acrisolada.

Las pasadas luchas habían dejado en el ánimo de aquel acendrado militar un cúmulo de decepciones consiguientes á toda empresa grandiosa, y necesitaba, como el espartano cansado de luchar, volver á su hogar con la frente erguida y el ánimo tranquilo.

Con sus triunfos y sus glorias volvió al seno de la familia el Sr. D. Antonio Vargas, llevando en lo íntimo del alma la satisfacción de haber contribuido personalmente al logro de una causa tan santa como legítima.

Así, buscando el reposo y la tranquilidad, llegó al seno de la familia el bravo y ameritado soldado que generó al que es hoy ilustre Obispo de Puebla.

Precaria era la posición que guardaba aquel matrimonio; muy feliz, porque el amor más puro y más intenso unía á aquellos seres que vivían el uno para el otro.

Ni honores ni riquezas fué el premio otorgado para aquel hombre que sacrificara los mejores años de

su vida á conseguir la integridad de la patria, para legarla más tarde una era de prosperidad y florecencia disfrutada al amparo de todos los derechos y garantías con que la misma naturaleza ha querido dotar al género humano.

Sólo la satisfacción más completa de haber contribuido personalmente al logro de las preciosas libertades para México, era lo único que sostenía en la lucha por la vida á aquel veterano que, semejante á un paladin esforzado, había recorrido los campos de batalla, siempre respetado por las certeras balas enemigas y que reposaba sobre su escudo, olvidado quizá por los mismos compañeros que tuvieron como él la fortuna de sobrevivir, para gozar con los magníficos resultados obtenidos á costa de sangre y de preciosas existencias.

Como un soldado de la Antigua Guardia, el señor Vargas vivía, pues, tranquilo y resignado, proporcionándose, no sin dificultades, la manera de subsistir honradamente.

El Cielo quiso premiar el amor de aquel matrimonio, y les envió á los pobres esposos un ángel que endulzara sus amarguras y sus sufrimientos.

Ahualulco, que era por entonces la residencia del Sr. Vargas y la Sra. Gutierrez, vió nacer al niño Melitón.

Las primeras sonrisas, y las gratas caricias más tarde, de aquel niño, fueron como los primeros albores matutinos que irradiaron en el cielo de aquel hogar ennegrecido por las privaciones y las vicisitudes que proporciona la pobreza.

La niñez y la juventud, esas dos épocas de la vida en que el mundo es para muchos séres un vasto campo de felicidad y de ilusiones, se deslizaron para aquel niño en medio de angustia y de martirio. A medida que crecía el jóven Vargas, veía nuevas contrariedades y nuevos infortunios que minaban más la avanzada existencia de su querido padre, y la no ménos amenguada de su cariñosa madre. Pero educado santamente, el Sr. Vargas tenía la resignación del mártir y la fortaleza que da la verdadera Religión, para arrostrar todas las penalidades de la vida.

Auxiliar poderoso fué aquel modelo de hijo para los autores de sus dias, en quienes veía el Sr. Vargas á la imágen de Dios sobre la tierra. Ayudábales á ganar el escaso pan de la pobreza, y participaba gustoso de sus aflicciones y de sus amarguras, procurando, en cuanto podia, aliviar todas sus penas.

Así venciendo todo género de dificultades, comenzó sus estudios en 1840 y los terminó al siguiente año, recibiendo el grado de Bachiller en Filosofía y Teología.

En el mismo año recibió las órdenes de Subdiácono y Diácono, respectivamente, y en 1860 el de Presbítero.

Durante cinco años fué catedrático del Seminario de Guadalajara, y en ese tiempo presentó discípulos muy aprovechados, que acreditaron anualmente su saber y su talento.

Sirvió los curatos de Zapopan, Santa Ana Acatlán y Aguascalientes, y en ellos dejó imperecederos recuerdos de su celo y caridad cristiana.

En Mayo de 1869 se le concedió una prebenda en la Catedral de Guadalajara, y más tarde fué nombrado Canónigo Lectoral de aquella Basílica.

Fué Rector del Seminario durante los años de 1870 á 1879, y tanto este importante cargo, como todas las comisiones que recibió del Ilmo. Sr. Loza, fueron desempeñadas por el Sr. Vargas con mucho acierto. Entre esas comisiones merece citarse la visita del Vicariato Apostólico de la Baja California.

En el Consistorio de 15 de Marzo de 1883 fué preconizado Obispo de Colima, siendo consagrado en la Catedral de Guadalajara en 27 de Mayo del mismo año por el Ilmo. Sr. Loza.

Llegó á Colima el 10 de Junio siguiente, siendo recibido con gran entusiasmo por todos los habitantes que ya tenían noticia de las cualidades que adornaban al que iba á ocupar la silla episcopal de aquella diócesis.

La caridad personificada y la encarnación de todos los bellos ideales del Cristianismo fueron constantemente los testimonios que en Colima justificaron la vida del Ilmo. Sr. Vargas.

Cuando el genio maléfico de la destrucción y el exterminio, cernió sus fatídicas alas sobre las ciudades de Colima y Manzanillo; en aquellos dias aciagos en que la fiebre amarilla hacía tantas víctimas, y llenaba los hogares de luto y de tristeza, el Ilmo. Sr. D. Francisco Melitón Vargas estaba siempre donde el deber le llamaba, desempeñando el papel de Providencia. Más de un atacado debió la vida al celo y cuidados del Pastor, y no pocas familias tienen

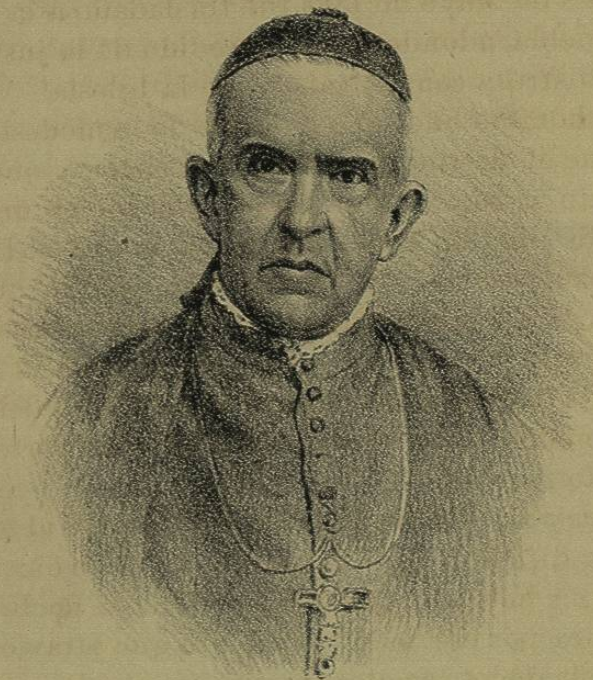
para él recuerdos gratísimos, y bendiciones que el Sér Supremo recoge para hacer feliz la vida de tan ilustre sacerdote.

En 9 de Mayo de 1888 fué trasladado á la diócesis de Puebla, adonde llegó precedido de la justa fama que disfruta como Ministro de la Iglesia.

El hombre que supo elevarse de la modesta esfera en que el destino le colocara al nacer, y que por su talento y sus virtudes se ha colocado en un puesto tan distinguido como el que hoy ocupa el Ilmo. Sr. D. Francisco Melitón Vargas, bien merece que se le consagren siquiera sean las incorrectas líneas de una biografía, para que la posteridad guarde su nombre y haga justicia á los méritos y cualidades del que de una manera tan eficaz contribuyó al perfeccionamiento moral de la humanidad.

Esta y no otra ha sido nuestra mente, al emprender la difícil pero satisfactoria tarea de dar á conocer á los hombres que dirigen la nave de la Iglesia Católica por ese mar turbulento que atraviesa, salvándola de los escollos y tropiezos que la amenazan.

Si estos pequeños apuntes son tomados en consideración para formar la historia de esos hombres notables por su misión y por sus hechos, habremos cumplido con un sagrado deber, y la satisfacción más íntima premiará nuestros esfuerzos.



ILMO. SR. DR. D. RAFAEL S. CAMACHO,
OBISPO DE QUERÉTARO.

ILMO. SR. DR.

DON RAFAEL S. CAMACHO

OBISPO DE QUERETARO

SI muy ilustre es en la historia eclesiástica de México, el apellido de la familia Suarez Peredo, no lo es ménos la de los Camacho, que ha dado dos varones ilustres á la Iglesia.

La historia eclesiástica, que guarda en sus anales tantos nombres venerandos de insignes Ministros de Jesucristo, y que conserva hechos tan sublimes como admirables, de todos aquellos que han figurado en el Orbe católico, ha engalanado sus páginas sagradas é inmortales con los nombres y actos de la vida de los eclesiásticos que hemos mencionado. Así la historia política de México conserva tambien los nombres de los antecesores de esos sacerdotes, cuyas familias no sólo han dado buenos hijos á la Iglesia, sino tambien ilustres ciudadanos al Estado.

El Sr. D. Rafael y su digno predecesor el Ilmo. Sr.

D. Ramón Camacho, segundo Obispo de Querétaro, fueron hijos de D. José Anastasio Camacho y de D.^{ña} Matilde García, nobles por sus antepasados y muy distinguidos por su piedad cristiana.

La nobleza del alma, más que la de los títulos, resplandecía en aquel hogar, predestinado por Dios para que de él salieran dos de sus Ministros más virtuosos y más dignos de llegar al pié de sus altares para quemar el incienso y hacer subir en caprichosas nubes las plegarias de su pueblo.

Aquella familia vivía santamente, y era preciso que el Sér supremo pusiese en ella su mirada y premiara así sus virtudes. De allí surgieron los dignos sacerdotes de que hemos hecho mención; en aquel hogar moraba el Espíritu de Dios.

No parecía sino que Dios, en sus altos designios, había escogido á aquella familia en cuyo hogar se conservaba ilesa la verdadera Religión, así como en los tiempos bíblicos elegía sus augustos servidores del Tabernáculo, y fieles guardadores del Arca de la Alianza, de entre aquellas tribus descendientes de la de Leví.

Ecatlán, Estado de Jalisco, fué la ciudad donde mecieron su cuna esos dos ilustres varones, y la Iglesia de Guadalajara, no sin razón llamada "Seminario de Obispos," los recibió en su seno y los hizo suyos para el servicio del Señor.

El Sr. D. Rafael S. Camacho nació en 1826, así es que cuenta ahora sesenta y cinco años, todos consagrados á observar las prácticas religiosas y á tributar el culto debido al infinito Autor de todo lo criado, que existe sobre la tierra.

Ordenado sacerdote, despues de una carrera brillantísima en la que sobresalió por sus estudios, el Sr. Camacho sirvió varias parroquias, y entre otras las del Santuario y el Sagrario en Guadalajara. Fué Rector del Seminario, Gobernador de la Mitra y Canónigo penitenciario en aquella diócesis, y en todos esos cargos siempre dió pruebas de su talento y aptitudes.

El ángel de la muerte batió sus apacibles alas sobre el lecho del Ilmo. Sr. D. Ramón Camacho; grupos de serafines rodeaban aquella cama de un justo que iba á dejar este valle de miserias y lágrimas, y el Tribunal Augusto de que nos hablan los Santos Padres, se instalaba para el juicio particular de aquella alma. Allí el Juez inexorable ante el libro de la vida de aquel eclesiástico, la Corredentora del linaje humano como parte y como abogada, y confundido, rabioso é impotente el ángel malo que veía escapar de sus garras un espíritu.

Edificantes verdaderamente fueron los últimos momentos del Ilmo. Sr. Camacho. La apacibilidad de aquel semblante en que se retrataba la majestad de un santo, la resignación con que aquel hombre dejaba el mundo, sólo con el temor de comparecer ante su Creador, todo revelaba que aquel espíritu volaría hasta el trono del Sér Supremo, purificado por la práctica de las virtudes y por el bálsamo bendito de la Religión.

El Sr. D. Rafael S. Camacho acudió al lecho de muerte de su querido hermano y recogió el último suspiro de aquel sér que había sido el mejor compañero de su vida.

Desde entónces nuestro biografiado se esforzó más en ejercer la virtud. El recuerdo de la muerte de su ilustre hermano le sostenia en las luchas de la vida, y siguiendo el ejemplo de aquel apóstol de la fe, es como ha llegado á hacer más ilustre el nombre de sus antepasados.

El Sr. D. Rafael S. Camacho fué preconizado Obispo de Querétaro en Septiembre de 1884, año mismo en que murió su hermano, y recibidas las bulas, partió á su diócesis como Obispo electo, en 22 de Mayo de 1885, llegando pocos dias despues á su sede episcopal, en cuya Catedral fué consagrado el 24 del mismo mes y año. Ofició en dicha ceremonia el Ilmo. Sr. Arciga, Arzobispo de Michoacán, á la que asistieron los Ilmos. Sres. Obispos D. Eduardo Sanchez y Camacho, de Tamaulipas, y D. Francisco M. Vargas, quien á la sazón ocupaba la silla episcopal de Colima.

Apadrinaron al Sr. Camacho los Sres. General D. Rafael Olvera, Gobernador que era entónces de aquel Estado, y el Sr. D. Manuel Septien.

Digno heredero el Sr. D. Rafael S. Camacho, como lo fué su hermano, de las virtudes de sus padres, y de la dignidad como Prelado, secunda en Querétaro la obra iniciada por el inmortal Sr. Gasate, obra de la que fué nativo colaborador el Sr. D. Ramón Camacho y que tan avanzada dejó á su muerte.

Dicha obra no es otra que la propagación de la Religión Católica y la conservación de ella en aquella diócesis, donde por fortuna no se han olvidado los buenos principios.

El Ilmo. Sr. D. Rafael S. Camacho se distingue mucho por la devoción que tiene á la Madre de los mexicanos, la Virgen de Guadalupe, la que tanto le protege y le inspira para gobernar la diócesis queretana.

Hubiéramos querido ser más extensos en estos apuntes biográficos del Ilmo. Sr. Obispo D. Rafael S. Camacho; pero, en primer lugar, la pequeñez de la obra no nos lo permite, y en segundo lugar, los datos que hemos podido recoger de personas que le conocen, apénas han sido los que ligera é imperfectamente hemos delineado.

Nuestro biografiado no necesita que se precisen con minuciosidad todos los importantísimos y oportunos servicios que ha prestado al Catolicismo en la Nación mexicana; baste saber que ha sido uno de sus más ardientes sostenedores, una palanca poderosa que ha venido destruyendo sin cesar á los enemigos de nuestras creencias sublimes, y una base sólida en donde indiscutiblemente descansan la fe y la virtud más acrisolada, que son los dos más grandes factores del bien y la felicidad de todo hombre, no solamente en este mundo, sino en el otro, en donde se castigan las malas acciones y se dan justos premios á las buenas.

Bien ha hecho nuestro sabio Prelado en no desmayar jamás y en procurar que los sacerdotes que de él dependen procedan del mismo modo, pues así es como el pueblo católico jamás pierde la fe, ni se entibia en las prácticas religiosas, y conserva como reliquia sagrada las creencias que les legaran sus progenitores, que son todo caridad y todo amor.

Con sobrada razón en todo el Estado de Querétaro

la Religión Católica es la única que predomina; y años se pasarán, y mientras á la cabeza de la Iglesia se encuentren sacerdotes tan dignos y tan activos como la ilustrada personalidad que nos ocupa, la Religión Católica, la más pura y más santa, será la que tenga su altar de oro y de marfil, construido en el corazón de los queretanos.

Pluguiera al Dios Todopoderoso, que siempre tuviera fijos sus ojos providenciales en esa bendita porción del territorio mexicano para que conserve en su puesto largos años al Ilmo. Sr. Dr. D. Rafael S. Camacho, santo por sus virtudes y admirado por su sabiduría.

Consignar en una obra los hechos grandiosos de hombres distinguidos como nuestro biografiado, además de ser patriótico, es un deber que reclama la justicia, para que nuestros pósteros sigan su ejemplo y sean fieles imitadores de lo sublime y de lo grandioso.

Los sacerdotes de esta talla nunca mueren. La materia que reviste su espíritu, más ó menos tarde se extingue, reconociendo á la madre naturaleza; pero su memoria se conserva viva mientras el planeta gire alrededor de su eje entre los demas planetas y hay hombres vivientes en él que perciban ese uniforme movimiento.

Sirya esta "Breve reseña" para que autores más inteligentes que nosotros formen obras que sean biografías completas de los miembros más prominentes del Clero que hoy ocupan los más culminantes puestos como distinguidas dignidades del Gobierno Eclesiástico en el episcopado mexicano.



ILMO. SR. LIC. D. IGNACIO SUAREZ PEREDO,
OBISPO DE VERACRUZ.